

UN DRAMA BAJO EL CÉSPED DEL ESTADIO

El flamante campo de fútbol en el que se celebra la Eurocopa esconde la historia de una familia que se opuso a los nazis y fue expropiada por el régimen comunista en la Polonia posterior a 1945. Un descendiente reclama desde Argentina sus derechos

RAMY WURGAFT / Buenos Aires
En su último viaje a Varsovia, hace unos años, Andrés Chowanczak pasó junto al flamante Estadio Nacional donde arrancaría la Eurocopa 2012. Un grupo de turistas se había detenido allí y el guía local les explicaba con orgullo la proeza que significaba la construcción en tiempo récord de un coliseo en forma de corona. Chowanczak, argentino de origen polaco, sintió el impulso de

el pellejo en aras de la independencia —siempre precaria— de Polonia! Andrés se contuvo; los turistas lo tomarían por loco si les contaba una historia que parecía inspirada en su imaginación.

Joanna Modzelewska es una profesional seria que no perdería un minuto en ocuparse de fantasías. La abogada varsovia que representa a los Chowanczak, sostiene que la indemnización que el Estado debe a sus clientes —Andrés,

usufructo que han transcurrido desde que sus clientes fueron despojados de esa parcela, situada en una de las zonas más caras de la capital. Joanna tiene las manos llenas de trabajo, pues aparte de la demanda por ese lote, sus clientes piden la restitución de más de 20 propiedades que le fueron expropiadas a la que fuera una de las familias más ricas de Polonia. Una familia de patriotas acaudalados.

La historia se remonta a 1884, cuando Arpad Chowanczak abandonó su hogar en los Montes Tatra, en el actual límite entre Polonia y la República Checa, para probar suerte en Varsovia. El rústico montañés venía de una estirpe de gente justiciera; su bisabuelo había protegido o pertenecido a la banda de Janosic, el Robin Hood eslavo. En la capital el hombre instala un pequeño taller de peletería y a los ocho años abre una empresa en el estilizado inmueble que hoy ocupa el Ministerio de Cultura.

LUJO Y EXPANSIÓN

Mientras que su hermano Wladislaw recorría Alaska comprando pieles a los cazadores, Arpad creaba unos diseños que causaban sensación entre los monarcas, magnates y artistas de la época. Pola Negri, diva del cine mudo, era una de las clientes más asiduas de Chowanczak & Hijos, como pasó a llamarse la firma, tras incorporación de Jan Daniel. El joven abogado, quien estuvo preso por conspirar contra el zar Nicolás de Rusia, fue quien decidió construir sobre las 10 hectáreas que adquirió su padre en un sector en desarrollo, un conjunto de viviendas para los 500 operarios de la peletería.

En esta etapa de expansión la familia fundó un banco en sociedad con el Overseas Bank of London. Al otro lado de la frontera, Alemania acrecentaba su poderío militar bajo la férula de Adolf Hitler. Joseph Stalin hacía lo propio en sus dominios. Los socios británicos de Jan Daniel le reco-

mendaron que huyera de esa Polonia atenazada entre la Rusia soviética y la Alemania nazi y que trasladara su fortuna —de más de 2.000 millones de dólares en términos actuales— a Londres. Para entonces, los Chowanczak eran propietarios de valiosos inmuebles, entre ellos una mansión apodada Villa Arpad y un palacio que había pertenecido a Napoleón.

«Mi abuelo dijo (a los ingleses) que no retiraría un centavo ni saldría del país. En vez de poner a salvo a la familia y a su fortuna, Jan Daniel, junto con su amigo el alcalde Stefan Starzynski, organizó la defensa civil de Varsovia ante la invasión alemana. Una vez que los nazis se apoderaron de la ciudad, se hizo miembro del gobierno polaco en las sombras; compró a oficiales alemanes corruptos, todo un arsenal para pertrechar a la Armia Krajowa (la resistencia polaca) y dio refugio en sus propiedades a los buscados por los nazis, principalmente a familias judías», cuenta Andrés. Por esas acciones, el Centro de Recordación de Héroe Polacos, una asociación judía-polaca, ha recomendado a Israel que incluya a Jan Daniel en el panteón de los Justos entre las Naciones.

SALVADOR DE JUDÍOS

De la declaración ante notario que prestó Sofia Ciercierski, vecina de la familia en Polonia y testigo en el caso, se desprende que la actuación de Jan Daniel en defensa de sus compatriotas fue tan audaz y compasiva como la de Oskar Schindler, el empresario alemán que salvó a unos 1.200 judíos del Holocausto nazi, contratándolos en la fábrica de artículos para la Wehrmacht que tenía en Polonia. De acuerdo con el testimonio de Ciercierski, «bajo la ocupación alemana dio refugio a numerosas personas en el edificio de la calle Pulawska. Muchos se salvaron bajo la guisa de operarios de su empresa». Jan Daniel tuvo la astucia de designar a un polaco de ascendencia alemana —y de aspecto ario— como *interventor* de la empresa. Hans Schultz hacía la vista gorda ante las tropas de ocupación, de las acciones subversivas de su patrón.

Finalmente, el artífice del imperio peletero fue a dar con sus protegidos al campo de concentración de Buchenwald, donde fue mordido en una pierna por los perros de los guardias. La herida se le gangrenó y fue necesario amputarle, más de una vez (en sucesivos achiques de la extremidad), ese miembro. Jan Daniel nunca se recuperó de sus heridas —murió de una hemorragia—, pero vivió lo suficiente para ser testigo de cómo, hacia el final de la guerra, la Unión Soviética instalaba un gobierno títere en su amada Varsovia. Por medio del Decreto Bierut, el nuevo régimen confiscó las propiedades de la burguesía, entre ellas las 10 hectáreas del barrio obrero (reducido a escombros por las bombas), y construyó en su lugar el Estadio del Décimo Aniversario.

«En 1945 mi abuelo halló ciertas

irregularidades en el decreto de expropiación, en base a las cuales presentó una demanda contra el Gobierno. Por increíble que parezca, nueve años más tarde, un juez bolchevique falló a su favor. Pero el fallo no se cumplió. El viejo estadio fue demolido para levantar el actual», relata Andrés. El ingeniero cuenta que el estadio original que levantaron los bolcheviques pronto se transformó en un mercado ilegal, en el operaban las mafias rusas de entonces.

Andrés Chowanczak vive junto con esposa y su madre en una modesta casa del barrio bonaerense de Olivos. De niño escuchaba los vibrantes relatos de los antiguos oficiales polacos que habían emigrado a Argentina y se reunían cada tanto a rememorar sus viejas hazañas. Muchos de los relatos tenían como protagonista a su padre, que los escuchaba en silencio como si se tratara de otra persona.



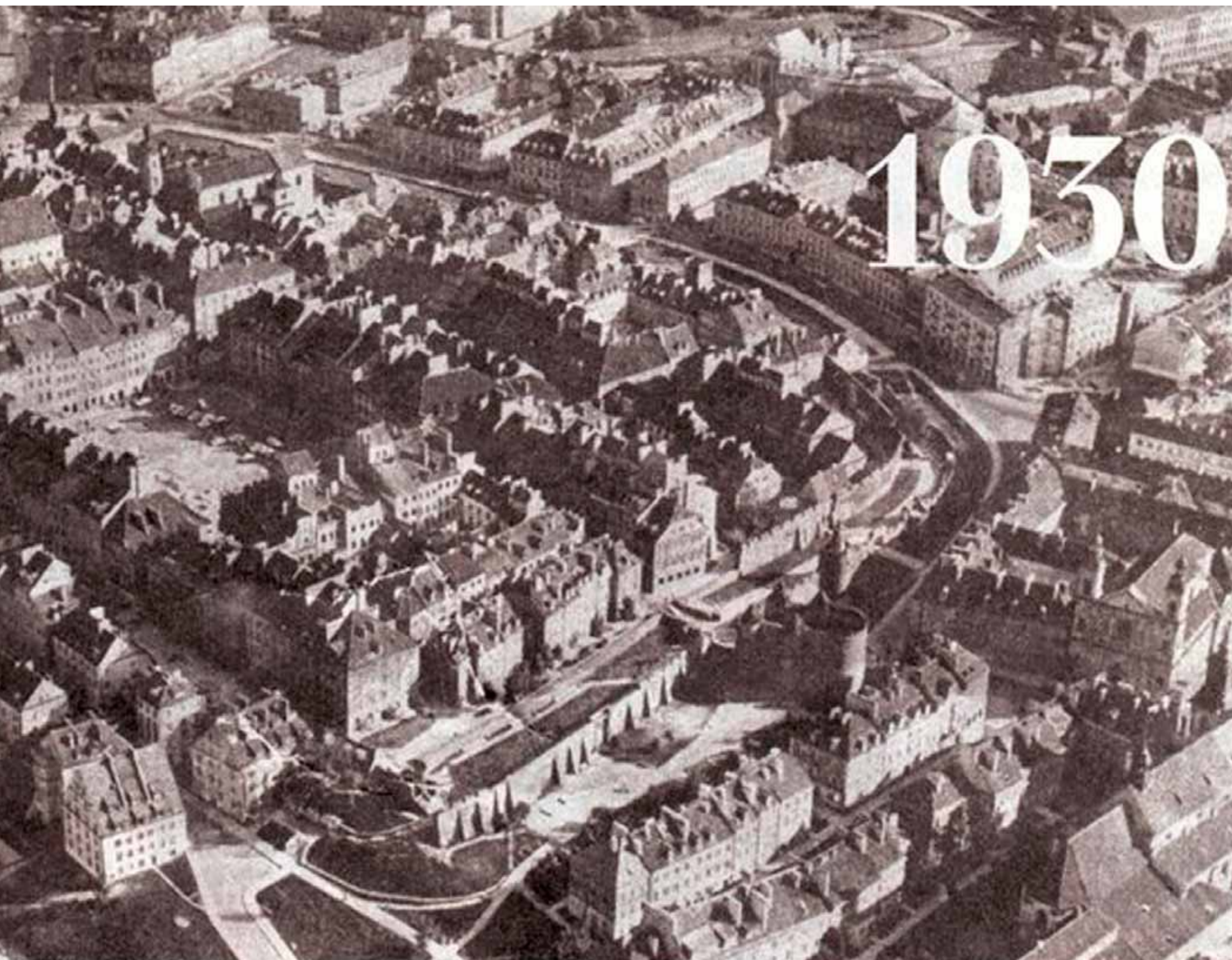
Arpad Chowanczak comenzó a forjar su imperio en 1884.

«¡SI AL MENOS HUBIERAN TENIDO LA CORTESÍA DE INVITARNOS A LA EUROCOPA!», DICE CON HUMOR EL NIETO

contarles que aquel portento de la arquitectura deportiva estaba siendo edificado sobre un terreno usurpado a su familia. ¡Qué ganas de denunciar ante esa gente la ingratitud del Estado hacia una familia que sacrificó su fortuna y arriesgó

su hermana Karina y Marisa, su madre— asciende a más de 1.000 millones de dólares por las 10 hectáreas que ocupa el estadio donde en estos días se disputa la Eurocopa. A esa reparación básica habría que sumar otra por los 60 años de

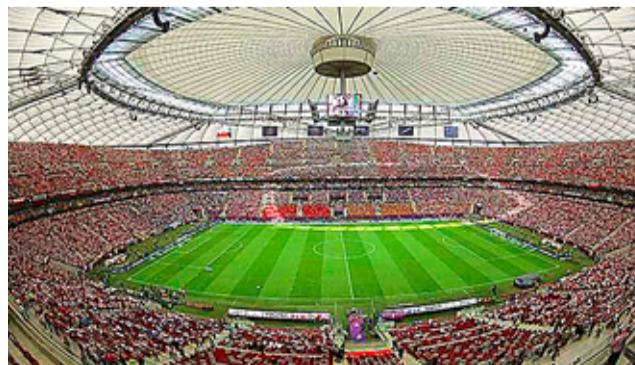




En esta área de 10.000 m², expropiada, se hizo el actual campo de fútbol.

Un estadio levantado por FCC

Antes incluso de que finalice la Eurocopa, ya hay un ganador: FCC, la empresa española de Fomento de Construcciones y Contratas, propiedad de Esther Koplowitz. A través de Alpine, su filial para Europa Central y del Este, ha construido el Estadio Nacional de Varsovia, que albergó el partido inaugural entre Polonia y Grecia (1-1). Fue levantado en el terreno expropiado a la familia Chowanczak (arriba en la foto), y dos campos más. En total, 600 millones de euros de inversión. FCC ha realizado también la remodelación del Estadio Henryk Reyman en Cracovia, un estadio de «reserva» de la UEFA.



El Estadio Nacional de Varsovia, sede de la Eurocopa.

Estanislao Chowanczak nació en 1925 en medio de la riqueza que había acumulado la familia. Tenía una institutriz inglesa y otra francesa, por lo que llegó a dominar ambos idiomas, como más tarde el español y el alemán. Una limusina lo pasaba a recoger de la escuela donde se codeaba con los vástagos de la aristocracia polaca. Por entonces, Varsovia era una ciudad cosmopolita, de bellos edificios y refinada cultura.

La invasión alemana (1939) y más tarde la ocupación soviética (1944) alteraron para siempre su vida. De «niño bien», Estanislao pasó a ser un guerrillero que vivía oculto en alcantarillas infestadas de ratas y se enfrentaba a los tanques alemanes con bombas incendiarias. «Los alemanes solían arrojar granadas por las rejillas de las cloacas, como también cargas de carburo que al entrar en contacto con el agua se transformaban en

gas de acetileno. Muchos de los guerrilleros murieron asfixiados dentro de los canales subterráneos. El único temor de mi abuelo era morir allí y que su cuerpo fuera devorado por los roedores», cuenta Andrés.

Luego de participar en el levantamiento de Varsovia (1944), fue atrapado por la Gestapo y de milagro se salvó de ser ejecutado, como tantos de sus camaradas. Fue llevado al campo de prisioneros de Sandbostel, de donde logró escapar al cabo de unos meses. Tras una estancia en Bélgica, donde estudió Economía, el ex guerrillero emigró en 1948 a la Argentina.

«No podía volver a Polonia pues el régimen comunista perseguía a los veteranos de la Resistencia por miedo a que quisieran sacudirse del yugo de Stalin. Además, la familia había perdido todas sus posesiones. En Buenos Aires trabajó como obrero de la construcción y

luego abrió una tienda de artículos de fontanería. Extrañaba su patria, claro que sí. Pero nunca lo oí quejarse de nada», cuenta Andrés.

En 2003, muerto ya el abuelo, el ingeniero presentó una demanda contra el Estado polaco por la expropiación de los bienes familiares. Pese a que en 2007 la Justicia consideró legítima la reclamación, el Gobierno de Bronislaw Komorowski no reconoce los derechos de la familia Chowanczak.

«No pretendo que remuevan el estadio ni que reconstruyan la vieja peletería de mis abuelos. Si al menos hubieran tenido la cortesía de invitarnos a la Eurocopa... Pero tampoco eso. Es triste ver como las autoridades se olvidan de los héroes que ayudaron a forjar el país independiente y próspero que es la Polonia de hoy», concluye Andrés, con ese ligero acento eslavo que recibió de sus antepasados como única herencia.